

## Dos Polos de la Creación

Por Sebastián SALAZAR BONDY

La universal discrepancia de los intelectuales acerca de la finalidad de la creación ha polarizado siempre los bandos en dos posiciones: de un lado se han colocado los que consideran a la inteligencia y al arte como finalidades en sí misma, reflejos, en el mejor de los casos, de la íntima soledad de los autores; del otro se, han situado quienes entienden la actividad creadora como producto no sólo del talento personal del artista sino también como expresión de una época de una sociedad, de un lugar dado. Así, tanto las obras como el juicio que ellas merecen han sido hasta hoy originados en un principio que cabe llamar doctrinario. Las antinomias a que el ensayismo nos tiene habituados —abstracción y figuración, compromiso y gratuidad, purismo y socialrealismo, esteticismo y vitalismo, *verbi gratia*— pueden ser reducidas a una sola: creación por sí y creación por alto y para algo. La discrepancia no es reciente. Un análisis de la historia del pensamiento humano nos conduce a la verificación de que el péndulo de las ideas ha fluctuado entre un punto y otro de este arco divergente.

Sin embargo, ese examen nos puede llevar a otra conclusión curiosa; entre los que sostienen que el producto de la mente y la imaginación se completa solo y es, por ende autónomo de las circunstancias exteriores del autor se pueden hallar los indicios de que aquel solipsismo es manifestación de un estado de cosas espiritual y social determinado. Por tanto, pese a querer estar ausente del mundo de entorno y de sus circunstancias pasajeras, el arte y la poesía puros, gratuitos o abstractos se reconocen

floraciones típicas de un tiempo y un espacio. Y, asimismo, el arte y la poesía que aspiran a mover al mundo y a la humanidad en un sentido, que se reclaman instrumentales, devienen tales por causa de una conciencia particular dada, conformada así bajo el influjo de experiencias que sufren en la interioridad humana; inalienable y exclusiva, un proceso de elaboración solitaria. Quiere decir que cuando vemos un cuadro abstracto o leemos un poema de irismo hermético es posible adivinar, en una investigación sumaria, que causas externas y contingentes de la vida y el medio del autor lo han provocado porque la huída de la realidad es una manera de rendirle culto. Y, por el contrario, cuando vemos una tela realista o una novela social cabe la interpretación que procure una pista conducente a la intimidad de un hombre, a la esfera de su más entrañable sueño. Los sobrerrealistas —y baste este ejemplo— reconocían en el Bosco un precursor. Sin embargo el flamenco no recurrió al universo onírico para pintar sus fantasmagorías; aludía al pecado, a los instintos, al mal visible y real que asediaba su convicción cristiana. Los realistas buscan en Dostoyevsky un eminente magisterio; el gran ruso padeció un grave conflicto de conciencia, una tensión paroxísmica de visiones y alucinaciones.

A veces uno se pregunta si el problema no estará mal planteado y si las dicotomías antagónicas no serán un espejismo cuando se las aplica a la obra de arte y de letras. No es esta nota sino un apunte al respecto, la exposición de una incertidumbre. Valga sólo como eso.